

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA 4 rs al mes.—En PROVINCIAS 15 rs el trimestre y 52 al año.—En el ESTRANGERO 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres-Cabrera.—Se suscribe en Córdoba casa del director económico Sr. D. Rafael Bastida, Plazuelas de S. Juan n.º 22.—Fuera en las principales librerías

Los públicos festejos con que Córdoba celebra la vuelta de nuestras tropas victoriosas, absorbe hoy por completo la pública atención de nuestra capital. Nuestros lectores dispensarán por tanto en este número la falta de la revista general.

EL SUEÑO DE LA VIDA.

I.

¡Qué hermosa es la vida cuando el jérmén del pensamiento no ha comenzado aun á desarrollarse, cuando nuestra alma de niño, pura como un espíritu celeste, se estasia y se embriaga en la contemplacion de las maravillas que la pródiga mano del Criador ha derramado sobre el mundo! ¡Cuán dulcísimos é inefables son tus goces, dichosa edad de la inocencia! Purísimo manantial de castos deleites, tus aguas cristalinas corren tranquilas, sin que el huracan de las pasiones agite sus ondas transparentes, sin que el inmundo cieno de criminales recuerdos enturbie su clara linfa. Las flores tienen para tí balsámico, perfume y espléndidos colores. El ave que vuela rápida cruzando el azul firmamento, derramando cambiantes de luz de su vistoso plumaje, recrea tu vista y exalta tu imaginacion. Desearias tener alas y volar como ella; pero este deseo no te inquieta, no te punza, no agita tu corazon... La nieve que se desprende blandamente de las nubes te encanta con

su nítida blancura: tu entendimiento virgen no comprende que esa nieve tan hermosa que embellece el paisaje, deja sin trabajo á mil jornaleros y sepulta en la indigencia innumerables familias.

El surco de un arroyuelo te deleita; el de un rio caudaloso te admira; pero ni uno ni otro despiertan en tu alma una idea triste y melancólica. ¡Dichoso tú! no sabes que son imagen exacta á nuestra vida.

A ellos les espera el Occéano para sepultarlos: á nosotros nos espera la eternidad: inmenso Occéano de la existencia humana.

¡Dichoso tú, que solo conoces la felicidad! Un ángel vela tus tranquilos ensueños, vierte nacarada ilusion de castos deleites en tu corazon, y tu alma purísima, embriagada de cándida alegría, se sumerge dichosa y tranquila en un mar de goces inefables. Si algun pesar te oprime, se desvanece al punto, como las sútiles nieblas de una madrugada de verano. Y si derramas lágrimas, son lágrimas que enjugan con sus caricias una madre tierna y cariñosa! ¡Dichosa edad en que se duerme en los brazos de esta madre el sueño de los ángeles, en que podemos reclinar nuestra cabeza en su seno y sentir sobre nuestra frente el casto beso de su amor! ¡Dichosa edad de paz y sosiego, en que duerme el pensamiento y es risueña la esperanza y no existen los temores! ¡Ojalá durases cuanto dura nuestra vida!

II.

Mas llega un dia en que el pensa-

miento inquieto se agita y conmueve y desea lanzarse en el espacio: un día en que nuestra alma llena de vigor y de energía, encuentra reducida la cárcel material que la oprime, se ensancha, se dilata y anhela romper las ligaduras que la sujetan, y abrazar la inmensidad del mundo con la fuerza de su inteligencia. El vigor del cuerpo la impele, y un grito de emancipación y de libertad resuena en el fondo de nuestro ser. Se desbordan las pasiones; el corazón manda, y la razón dormida no levanta su voz para gritarle; ¡tente! y corre el hombre despeñado por el torrente de sus deseos... y se hunde al fin en el mar de sus pesares.

Una inquietud vaga, que nace en el corazón y se apodera del espíritu y extiende su influencia al organismo; un deseo dulcísimo, aunque intenso y agitado que el hombre aspira a realizar; una ilusión de deleites que embriaga los sentidos; una imagen, un fantasma sin formas ni colores, que no vemos ni tocamos, pero si sentimos en nuestro corazón y en todo nuestro ser... hé aquí los primeros síntomas de la primera pasión que el hombre experimenta: el amor! el amor que comienza por endulzar nuestra vida y concluye por envenenarla, llenándola de amargura. El amor... bálsamo dulcísimo y tósigo cruel á un mismo tiempo... manantial de inefables goces y germen á la vez de profundos males.

Tiene momentos la vida en que el corazón manda y la razón enmudece, y el pensamiento se abstrae, y la inteligencia duerme, y los sentidos gozan lánguidos, y el alma vaga estasiada de ilusión en ilusión. Momentos impregnados de inefable melancolía, de dulcísima languidez; pero momentos que huyen rápidos cuando asoma por el horizonte, columpiándose fatídica la funesta nube del desengaño. El amor cual delicada planta se marchita á su influjo. Entonces el corazón llagado desprecia lo que antes idolatrara, experimenta nuevos deseos, siente nuevas necesidades y se desarrolla en su fondo el germen de la ambición: sur-

gen deseos y necesidades que satisfacen de continuo, pero que de continuo van descubriéndole nuevos vacíos, que nunca logrará llenar, porque el corazón es insondable, la ambición inmensa.

Despiértase entonces en el hombre otro anhelo, otra ansiedad: desea que la posteridad adore su nombre, que su memoria sea eterna, y aspira á la gloria, y la gloria es un fantasma que perseguimos en vano, que huye de nuestra vista y que al fin se desvanece como un sueño de amores.

III.

¡Qué triste es la vida cuando perdido el vigor de la juventud comienza el corazón á secarse y el alma á sentir hastio! Ya no existe una esperanza risueña que endulce nuestros pesares, ni una ilusión benéfica que arrulle nuestro porvenir. El presente es árido y desgarrador; el pasado triste y melancólico. Apenas existe un recuerdo que nos alhague, una memoria que nos consuele; y sin embargo, no vivimos mas que de recuerdos. ¡Tristísima situación! Si volvemos la vista al pasado, nos hiere el remordimiento; si nos fijamos en el presente, solo sentimos hastio; si pretendemos sondear las nieblas del porvenir, se nos presenta en lontananza el cóncavo hueco de una tumba que nos espera; de una tumba hacia la cual vamos caminando sin descanso ni sosiego; de una tumba que colocada en el término de nuestra carrera, es el fatídico puente por donde cruzamos para undirnos en la eternidad.

¿Y qué es la eternidad?

¡Horrible situación! ¿Qué nos queda ya en el mundo? Huyéronse los goces encantadores de la inocencia; los ensueños dulcísimos de amores, los ímpetus ardientes; las fugaces esperanzas de nuestra juventud. ¿Qué nos queda ya en el mundo? Remordimientos en el pasado, amargura en el presente, miedo al porvenir.

Ya no existe una madre que nos aduerme en su seno y enjague nuestras

lágrimas con sus besos: ya no podemos encontrar tampoco una muger que se apiade de nuestra desgracia, prescinda de las canas que blanquean nuestra frente, de las arrugas que surcan nuestro rostro, y nos entregue su corazón, nos estreche en sus brazos, nos haga aspirar su aliento, y pronuncie de vez en cuando con la magia encantadora de una pasión vehemente ¡yo te amo!! ¡Ay! Qué triste es la vida! ¡Qué desesperada y que horriblemente penosa, si tras tantos dolores llegase á abandonarnos también el último consuelo que endulza el postrimer instante de nuestra existencia... la religión!

T. DE ROJAS.

UN RECUERDO.

Poesía dedicada al Señor Conde de
Corres-Cabrera.

¡Ay que nadie en el mundo me comprenda!

MENDIALDUA.

Era la hora en que á la mente llegan los recuerdos del goce y del dolor; esos recuerdos que del alma riegan la marchitada, moribunda flor!

Esos recuerdos tristes de poesía que nos tornan á un tiempo que no es ya, presentando á la inquieta fantasía los instantes que nunca volverán!

Esos recuerdos que de anhelo inflaman el apenado y triste corazón; esos recuerdos, crueles, que derraman desconsuelo, amargura en derredor!...

Espiraba la tarde: el alma mía vagaba en incansable rapidez, en pensamientos tristes de agonía, por caudaloso piélago de hiel.

Y apareció tu rostro nacarado prestándole consuelo al corazón, ¡oh Luna! cuantas veces he llorado recordando este instante en mi aflicción!

Bien lo recuerdo, si! yo vi tu rayo á través de los vidrios resbalar; yo vi tu luz, con lángido desmayo en su frente purísima irradiar!

Bien lo recuerdo, si! sobre su lecho aun me parece ver tu claridad, que, de las colgaduras á despecho, pasó para su rostro acariciar.

Y una sonrisa te mandó ferviente, ¡la postrera sonrisa de su amor!

yo la miré lanzando un ¡ay! doliente comprimido sentí mi corazón.

Que al contemplar su faz alabastrina, bañada por tu ebúrnea claridad, me pareció una aurora matutina que muere cuando el Sol llega á brillar.

¡Y así pasó! por la desgracia mía á poco, conmovida de dolor, su blanca mano, por la muerte fría, estreché sobre el triste corazón.

Mis labios en sus labios estamparon un prolongado beso, de pesar del corazón las fibras estallaron, como estalla la recia tempestad!

¿Sabes tú, Luna, lo que sufre el alma al ver sin vida al ser que ser nos dió? viendo tronchada la bendita palma que nos defiende del ardiente Sol,

Que descanso nos presta aquí en el mundo, abrasante desierto de ansiedad, por donde caminamos en profundo, fatigoso, incansable y triste afán?...

¿Tú no comprendes la amargura mía? ¡dónde mi madre está! ¡por compasión! ten piedad de mis horas de agonía!

presta, Luna, consuelo á mi aflicción. ¡Ay! que nadie en el mundo me comprende, ni alcanzo yo ese mundo á comprender! ¡ay! que la duda á mi redor se estiende y al corazón tenáz quiere encender!

¡Ay! que guardando el corazón dolores en mis labios la risa he de ostentarlo que si conocen ¡ay! mis sinsabores insensatos de mí se burlarán.

¡Risa en mis labios y amargura el pecho! ¡Risa en mis labios!... aunque el alma mía se revuelva doliente en su despecho, recordando á mi madre en su agonía!...

Deja que sola aquí del pecho lance un suspiro que oprime al corazón: deja que sola aquí mi pecho alcance un instante de lánguida expansión.

Deja que llore y que en mis cantos duros el corazón exhale sus dolores; ¡pensamientos recónditos y oscuros, atormentadme mas desgarradores!

Yo quiero delirar á ese recuerdo ardiente como el cráter de un volcán! si en su revuelto caos la calma pierdo, qué me importa la calma? ¡quiero afán!

Quiero afán infinito y perdurable, que tenga al alma en eternal tortura, que la paz del espíritu impalpable fuera un sarcasmo horrible á mi amargura.

¡Ay! cuanto mas suframos en la tierra mas bueno el corazón habrá de ser; si él conoce del mal la cruda guerra, sabrá el ageno mal compadecer,

Y hará por aliviar los mil dolores que halle en los seres que á su lado esten, y así hallará las sacrosantas flores, que le tornen la vida en un eden.

.....
Vierte, Luna, tu rayo nacarado de mi madre en la tumba con afán! ahora contemplas su sepulcro helado y al mismo tiempo mi anhelante faz.

Me das la misma luz que á ella le envías! cuanto te adora el triste corazón, porque así alivias las desdichas mías, ¡ah, bendito tu nitido esplendor!

¿Acaso allí de mi apenado acento
el eco palpitante llegará?
lleva allí el aura en su divino aliento
mi doliente suspiro de pesar?

Siempre recordaré, Luna querida,
que alumbras de mi madre el ataud:
siempre al mirar tu faz, entristecida
inclinaré mi frente ante su luz.

Y bajo el grave peso de sombría,
melancólica idea de dolor,
murmuraré doliente ¡Madre mia!
siempre te llorará mi corazón!!

AURORA DE CÁNOVAS.

Almería 29 de Abril de 1860.

UN FANÁTICO POR UN LOCO.

TRADUCCION LIBRA DEL ALEMAN

POR D. FULANO DE TAL.

That Would be my wish.

•

Los alemanes son, entre todos los extranjeros, los que mejor conocen nuestra literatura, y mas admiran y estudian á los autores españoles. Si pudiera llamarse exagerada la veneracion que se tributa á Miguel de Cervantes, exagerada creeríamos la que á este ingenio consagró el doctor Thebussem, muerto hace poco en Alemania. Era un bibliomano, de cuyo género no nos presenta ninguno la historia; pues sus afanes y su trabajo los invirtió en adquirir, no solo todas las ediciones de las obras del *Manco de Lepanto*, sino tambien todo cuanto con este personaje tenia relacion. Treinta y cinco años de constancia, y una generosidad que le hacia rayar en prodigio, dieron por resultados que viese logrados sus deseos antes de morir. Del doctor Thebussem puede decirse, que para él era todo lo relativo á don Quijote lo que eran para don Quijote los libros de caballería. Si hubiera necesitado, como el *hidalgo manchego*, vender sus bienes para comprar ediciones raras de su obra favorita, lo hubiera hecho, del mismo modo que el *héroe loco* lo practicó para adquirirse libros de aventuras y encantamientos.

Una ligera descripcion de las habitaciones que el aleman destinaba á su mania nos dará idea de cuanto lo dominaba su pasion. Sobre la puerta de una pieza estaba escrito con letras de oro en már-

mol negro *Miguel Cervantes de Saavedra*, ingenio sobrehumano. En esta habitacion, que era la primera, se hallaban cuadros al óleo representando las varias ciudades que se disputan la gloria de haber sido cuna del autor del Quijote. Alcalá de Henares figura en lugar preferente, y alternando con estos cuadros se ven escelentes gravados del combate de Lepanto, y vistas de Florencia, de Sevilla, de Argel, de Toledo, de Nápoles, de todos los pueblos, en fin, que se mencionan en las obras de Cervantes; en el centro de la habitacion está su estatua de mármol, de tamaño natural y muy parecida á la que en bronce tenemos en Madrid.

La segunda habitacion está revestida con planos topográficos que marcan las diversas salidas de don Quijote; este en su rocinate, y Sancho sobre el rucio, ocupan, representando en soberbias pinturas al óleo, los sitios preferentes; alternando con ellos se ven magníficas cabezas, que son obras maestras del arte, y que muestran los tipos ideales de Dulcinea, del Cura, de Sanson Carrasco, de todos los personajes, en fin, de mas cuenta de la inmortal novela; grabados de mas ó menos mérito cuelgan de aquellas paredes, y sobre una de las mesas que hay en la habitacion se hallan encuadernados mas de sesenta volúmenes con láminas y colecciones de estampas del Quijote publicados aparte de la obra; sobre otra mesa están todos los bustos y retratos que representan al *manco de Lepanto*, y en una caja de plata encerrada en otra de ébano hay un tesoro que el doctor Tebussem no cambiaria por todo el oro de las Californias. Es un autógrafo de Cervantes; la carta original que Navarrete copia en la biografía de aquel ilustre ingenio; las cajas cerradas con dobles llaves, están dentro de una urna de cristal.

En otro extremo de esta misma pieza se halla un modelo en madera que representa la casa que en Madrid ocupó el autor de Rinconete y Cortadillo,—y junto á este modelo se admira una preciosa escultura que en figuras perfectamente talladas representan las bodas de Camacho, en el acto en que Sancho *con corteses y hambrientas razones* pide que le dejen mojar un mendrugo en el caldero: no puede pedirse mas naturalidad ni mas belleza en la ejecucion: es una obra maestra del arte. Desde este salon se pasa

á otro donde se contempla el verdadero tesoro.

Consiste este en todas las ediciones que en todas las lenguas se han publicado del Don Quijote: allí teneis las aventuras del ingenioso hidalgo en mas de 380 ediciones en español, desde la del año 1605 hasta la publicada por Mellado en nuestros dias: 167 en francés: 206 en inglés: 81 en portugués: 95 en italiano: 69 en alemán: 6 en ruso: 4 en griego: 8 en polaco: 6 en dinamarqués, y 3 en sueco: pero por rara, por costosa que halla sido la obra, se ha adquirido: y así la coleccion es, no solo completa, sino mas que completa, si nos es licito decirlo: el Quijote en latin no existe, y el doctor ha hecho traducirle correctamente á esta lengua é imprimir un solo ejemplar, que posee y que es inapreciable: tiene, en fin, un Quijote manuscrito de su puño, y encuadernado con escesimo lujo.

En estante aparte, pero en la misma habitacion, se hallan todos los libros de que se refiere en el escrutinio que hicieron el cura y el ama en la libreria del ingenioso hidalgo. En esta pieza no hay otros muebles que dos butacas y dos atriles; la luz está graduada perfectamente y entra por el techo; el *comfort* convida á leer y á hojear aquellos volúmenes tan admirablemente empastados y con tanto trabajo reunidos. En las encuadernaciones se nota un capricho extravagante y que no acertamos á descifrar: todas las primeras partes del Quijote se hallan bajo forros de tafletes ó seda de colores claros y cortes dorados; las segundas aparecen con cubiertas oscuras ó negras y adornos de plata. Los adornos de los techos y de los frisos de estas habitaciones, están adornados con epígrafes y sentencias tomadas de las obras de Cervantes. Se cuenta que Habu-Hanifat-Al-Nooman Ebu-Thabet habia leído siete mil veces el Koram: ignorámos si Thebussem habria hecho lo mismo con el Quijote, pero lo cierto es que os decia de memoria el capitulo que le señalábais en la novela del hidalgo manchego.

El que conozca algo las manias y las pasiones del hombre, el que haya leído á Desanet, el que haya estudiado sobre la afición á colecciones, el que medite un poco acerca de lo que acabamos de apuntar, no estrañará que, como antes dijimos, haya personas en quienes (y

no sin razon) el Quijote produzca el efecto que sobre este hacian las aventuras de Palmerin, de Oliva y de Tirante el Blanco ó de don Kirieleison, de Montalvan y Amadis de Gaula.

El Dr. Thebussem murió hace seis años, y en su testamento decia:—«Mis herederos conservarán, aumentando y mejorando, en cuanto les sea posible, las habitaciones de Miguel Cervantes de Saavedra. Espero y les suplico que respeten esta mi última voluntad; porque al cumplirla, honrándose ellos, honrarán al mas insigne ingenio que hasta ahora han producido los siglos.»

Los herederos cumplen religiosamente la voluntad del testador. En la alqueria ó castillo de Tirmenha se enseña hoy al viajero el santuario de Miguel Cervantes de Saavedra.

EL TIEMPO.

¿Quien eres tu que sin vida,
sin pasado y sin presente,
siempre te ostentas riente
sin nacer y sin morir?

Tu esencia nunca perece,
nunca pasa y siempre huye,
todo en tu ser se destruye
sin que dejes de existir.

En ti reside la duda,
en ti la fé se afianza,
y brota en ti la esperanza
con sacrosanta bondad;

Y cuando el hombre desciende
á la yerta sepultura,
te remontas á la altura
trocado en eternidad.

La vida, los elementos,
las edades, las pasiones,
el amor, las ilusiones,
todo espira en tu fulgor;

Y tu, cual Díos, sin principio,
innato y siempre viviendo,
te vas eterno perdiendo
sin sonido y sin rumor.

Audáz la mente del hombre
á comprenderte se lanza,

creyendo ¡loca esperanza!
seguir tus huellas en pos,
Y despues de haber hendido
del mundo el confin lejano,
se detiene ante tu arcano
y se arrodilla ante Dios.

E. PERIÉ.

Córdoba 2 de Mayo 1860

ASPIRACION.

Cuando despliega su pujante vuelo
osada el alma mia,
sube y se encumbra á la region del cielo
buscando eterno dia.

Alli le dá la religion su manto,
su antorcha la esperanza,
bebe en la fuente allí del gozo santo,
consuelo y dicha alcanza.

En místicos ensueños se adormece,
la paz y el bien admira,
y un amor misterioso la estremece
y lánguida suspira.

Es que en aquellas auras inmortales
templa su ardor sublime,
y olvida luego los profundos males
con que el humano gime.

Por eso al descender al bajo suelo
se baña de amargura;
¿quién, si vió el sol espléndido sin velo,
ama la niebla impura?

¿Qué rumor llegará dulce al oido,
le alhagará sonoro,
si ha escuchado en la altura conmovido
vibrar las harpas de oro?

¡Oh espíritu fogoso del poeta,
mas rápido que el viento!
¡Desata el nudo vil que te sujeta,
asciende al firmamento!

No es el todo tu origen; que es la llama
de santo amor fecundo:
oye la voz que de continuo clama,
tu patria no es el mundo.

¡Ay, rompe de la carne el lazo fuerte
álzate como nube,
y al cielo, triunfadora de la muerte,
sube, alma mia, sube!

N. CAMPILLO.

REFLEXIONES

SOBRE EL

estado político de Europa.

ARTICULO 1.º

Examinando detenidamente el desenvolvimiento recíproco de los sucesos desde la caída de Luis Felipe, se observa un cambio de sentimientos y de apreciaciones tan radicales en las personas y en las ideas, que no es fácil adivinar las consecuencias inevitables de esta gran social metamorfosis.

La dinastia Orleanista al ocupar el trono, aunque destruía un principio odioso para la nacion Francesa en aquel entonces, no pudo hacerse simpática á toda ella, porque representaba para aquel voluble pueblo una especie de antagonismo, si no en completa armonia con sus intereses, en desacuerdo total con sus ideas. Además los estados generales de Europa, que veían en la personalidad de aquel monarca la representacion genuina del principio revolucionario, no podían de ningun modo reconocerle, á menos de sancionar un axioma que podia ser fatal al porvenir. En tal estado de cosas la posicion de Luis Felipe no era ciertamente envidiable, y de seguro, si sus trabajos en la adversidad no le hubieran impulsado á aprender interpretar los intereses verdaderos y esenciales de aquel pueblo, habria sido arrollado al comenzar su reinado, por una nueva revolucion. Su política verdaderamente pasmosa inició una época completamente nueva para la Francia, iniciativa tal, que de grandeza en grandeza la elevó á tanta altura, que monarca ninguno desde Luis XIV lo habia conseguido hasta entonces. En vista de tan trascendentales reformas, de tan levantado régimen de gobierno, entre contrarios

elementos aun, los Estados que no lo habian reconocido, se vieron obligados á ello; veian en él el primer politico de Europa, y sancionaron, reconociéndole, sus actos. Quizás sacrificaba alguno que otro sus intereses y su política en aras de una sábia inteligencia; pero la razon de Estado pesaba mas en aquel entonces en la balanza de la justicia que el egoismo particular, y decidieron hacerlo como Reyes, antes que pensarlos como hombres. Pero como todas las cosas no inmutables, llegó un dia en que, bien fuera porque su misma política era tan aceptable para algunos pueblos, teoría que no agradaba á alguno, ó porque el grande antagonismo que se creaba en Francia hiciera imposible ciertas ideas en el poder, hizo que este mismo poder, necesitando sostener á todo trance el principio de autoridad, barrenara la carta constitucional, haciéndose impopular por lo tanto. Ahora bien, si hemos visto á un hombre gobernar una larga série de años un Estado tan poderoso con una política tan hábil; si vemos á las Potencias generales del continente Europeo despreciandolo al principio, protestando de su origen, y admirarlo despues sancionando su política; ¿quién, pues, es el responsable del grande sacudimiento que presencié la Europa en 1848: sacudimiento tal que há conmovido los pueblos, que ha minado mas tarde las conciencias, que destruyó en fin una civilizacion, trayéndonos otra mas tarde, que ha de causar grandes trastornos á la humanidad? Ah! si la inteligencia del hombre fuera tan absoluta, y la voluntad mas aun, entrariamos en consideraciones tales, que nos estralimitariamos de la ley, que solo nos permite hablar en concreto de una cosa; pero si dirémos en contra de opiniones distintas que ni Guizot que se aferraba en el poder por sostener el principio de autoridad, ni Mr. Thiers que lo combatia por derribarlo, eran elementos suficientes para concluir con una di-

nastia, acabando tambien con un órden de cosas, y entronizando otro tan en opuesto sentido, y compuesto de tan heterogéneos principios, que fué arrollado sin conmiseracion humana, por la misma ola revolucionaria que lo elevára.

JORGE DE CISNEROS.

YA ES TARDE.

BALADA.

Recostado un trovador
bajo las ramas de un sauce
triste contempla la lira
que rota á sus plantas yace.

En ella fija sus ojos,
y de ellas rodando caen
dos lágrimas que revelan
sus recónditos pesares.

Del pecho un hondo suspiro
al par de su llanto parte,
y así dice acongojado
con doloroso lenguaje:

—«Pobre lira, pobre lira,
que otras veces mis cantares
con acordes armoniosos
blandamente acompañastes;

Agora en vano á tus cuerdas
sones exijo suaves;
solo dolientes murmuran
quejidos y tiernos ayes.»

Calló el mancebo: la frente
dobló, que el dolor abate,
y quedóse sumerjido
en sus ensueños amantes.

Vióse entonces silenciosa
una niña como un angel
asomar su lindo rostro
por entre el verde ramaje.

No alzó los ojos el jóven
ni ella dió un paso adelante,
mas se agitaron las almas
de entrambos al acercarse:

Y el alma del trovador,
que en el fuego de amor arde,
pide al alma de la niña
que en sus hogueras se abrase.

Y la de ella le responde:
—¡Ay trovador! es muy tarde.
que ya otro fuego mas vivo
inflamó mi ser amante.

—¿De quien emana ese fuego que me causa tantos males?

—¿Para qué me lo preguntas?

—Quiero saberlo.

—Lo sabes.

—No: lo sospecho.

—Pues trueca tu sospecha en realidades.

—¿Con que mi amigo.....

—Me adora.

—Y tu premias sus afanes!

—Verdad.

—Dí, no pudieras de hermana la fé constante ofrecerle?

—Esa es ya tuya.

—Yo quiero amor.

—Oh! ya es tarde.

—Yo siempre amor te ofrecí.

—Jamás oí tal lenguaje.

—Mis ojos te lo dijeron

—Tus ojos son siempre iguales.

—Siempre no: cuando en los tuyos se estasian anhelantes, porque están amor pidiendo, dame amor, niña.

—Ya es tarde.

—Con que mi fiel compañero....

—Amor pidióme días hace: tu nunca me lo pediste: yo lo otorgué al demandante.

Cogió el trovador la lira, y su voz dando á los aires, se alejó con paso lento del melancólico sauce.

—«Adios, esperanza mia, adios, purísima imagen que fuiste de mis ensueños el delirio irrealizable:

Sé feliz: yo con mi lira cruzaré montes y valles, cantando mentidos goces, sufriendo ocultos pesares.»

Dijo y partió, de sus ojos brotaron tristes raudales, al mirar por vez postrera de su adorada el semblante.

Y á poco se vió á lo lejos su contorno disiparse cuando se alzaba la luna desde el seno de los mares.

P. DE LOS E

IMPRESIONES

DE UN SOLDADO

Estractadas y vertidas libremente del francés por el edecan comandante graduado

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

(Continuacion)

IV.

Mis primeros dias en el suelo de Crimea los comparo á otras tantas perlas conservadas en el estuche de mi memoria. Cuando entraba en una de esas aldeas donde practicaba reconocimientos, y veia aquellos pilares coronados del aguila rusa. experimentaba á veces accésos de alegria: pensaba en 1814.—En mi situacion de oscuro combatiente, no me creia obligado de albergar la mansedumbre filosófica, y exclamaba interiormente, poseido de júbilo: ¡Héme en su patria, héme por fin aquí, á caballo, y armado, agitándome, y avanzando en la realidad, del modo mismo que tantas veces obré, y anduve en mis ensueños!—Luego esta vida de partidario posee tantos y tan vivos atractivos. ¡Recorrer paises desconocidos, con las miradas errantes, en acecho, interesándonos en los menores accidentes del terreno, y poniéndonos forzosamente en relacion con todo matorral, y con todo tronco de árbol corpulento!... De repente se apercibe una aldea; ese es un negocio importante: ¿Podremos penetrar? La ha abandonado el enemigo; esa casa era la de un gefe; registrémosla: á cada paso se tropieza con vestigios de una existencia bruscamente suspendida; interroga uno muchos objetos, de los que se escapan revelaciones bien ajenas á veces de las que se buscan: sobre ese teclado de innumerables armonias, donde la guerra ha hecho fluctuar mi alma, algunos acordes han resonado en ocasiones que la han llenado de dulce embeleso. Asi es que, en una casa abandonada, invadida por mis *saffis*, recuerdo una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, suspendida en la pared á la cabecera de una cama; y esa esfige sagrada, con la mística flecha clavada en el pecho, alzando al cielo sus ojos agrandados por dolores sobrehumanos, me parecia que representaba el alma visi-

ble de la morada donde nos condujera la casualidad.

El 19 de setiembre de mañana levantamos el campo; el ejército pasaba mas adelante. Las tropas francesas é inglesas reunidas ejecutaron una inmensa marcha en batalla, que ocupaba un vasto espacio de terreno, operacion en que se invirtió muchísimo tiempo. Empezó el movimiento al rayar el alba, y sobre las dos de la tarde fué cuando llegamos al punto donde teníamos que campar, esto és, frente á las alturas que dominan el rio Alma. El ejército ruso estaba situado sobre las alturas: esta vez por lo menos avistábamos al enemigo; ya no marchábamos como antes en busca de un objeto ignorado, tocábamos á ese instante solemne de las guerras, donde los peligros que se buscan, cuya presencia ha presentido uno ya, pero que no se han visto, nos aparecen por fin, bajo formas precisas y claras. Ese ejército que se alzaba á nuestros ojos era un mundo entero; y detrás de esas bayonetas habia para nosotros como una patria perdida que íbamos á recuperar.

Sobre las tres de la tarde, el mariscal Saint-Arnaud practicó un reconocimiento, y comenzó á tronar el cañon. El reconocimiento hecho por el general no produjo ningun encuentro de importancia, pero si nos probó que el enemigo estaba dispuesto á esperarnos y á combatir. Los rusos parecian estar llenos de confianza y de propia satisfaccion. Pero si la alegría reinaba en las alturas, no reinaba menos en nuestra llanura. Seguros de no tener ninguna alarma durante aquella noche, pude echarme sobre un catre de campaña para gustar, no un sueño heróico como el de los Césares, pero si como el de un soldado oscuro que solo arriesga la vida en las grandes luchas en que los gloriosos juegan su gloria.

A la mañana siguiente cuando tocaron diana aun no era de día; las tropas se apoderaron prontamente de las armas; los primeros rayos del sol que debia alumbrar uno de nuestros mas afortunados y rápidos triunfos halló todo el ejército en breve levantado y dispuesto á emprender la marcha. El mariscal de Saint-Arnaud queria imprimir al primer combate que iba á reanudar la interrumpida série de nuestras victorias ese carácter caballeresco que tanto atractivo tenia para él. Todas las banderas estaban desplegadas, y todas las bandas de

música dejaban resonar sus acentos á los aires, ardorosos, alegres y soberbios.

De la primera hasta la última hora, la batalla de Alma pareció hecha para recreo de los ojos. Nuestro ejército estaba formado en un orden perfecto. La division Bosquet, que en aquel dia formaba nuestra ala derecha, fué reforzada con el contingente turco á las órdenes del general Yusuf. Esa division era la primera que debia atacar á los rusos, por medio de una maniobra atrevida, mientras que la division Canrobert y la del principe Napoleon debian acometer los obstáculos de frente. Una vigorosa reserva habia quedado á las órdenes del general Forey. El cielo que aquel dia era resplandeciente, el terreno vasto y descubierto, limitado por el mar á nuestra derecha y á vanguardia por las alturas coronadas por el enemigo; todo estaba dispuesto de modo á dejarnos ver bien, y comprender la accion. De pronto, á una señal convenida de antemano, la division Bosquet se puso en camino, mas he aquí que se para, fué necesario esperar al ejército inglés. Formaron pabellones, estábamos alegres, el tiempo delicioso, se tomó café; yo fumé una pipa al pié de mi montura. En esto tocan asamblea y el ejército entero toma las armas. La division Bosquet marchó á vanguardia. Nuestros soldados vadearon el rio, luego se les vio encaramarse como cabras sobre peñas y rocas que parecian inaccesibles; hubo un instante de vacilacion y angustia, seguido á poco de una esclamacion ruidosa de júbilo partiendo de todos los pechos; nuestro pabellon tremolaba ya en las alturas. Cuando se vé subir por grados por entre medio de nubes de humo hasta la cima ardiente donde debe plantarse ese signo sagrado que muchas veces se han trasmitido, moribundas manos se experimenta una de esas emociones de que no nos despejan jamás todos los azares del mundo. Cuando se hubo efectuado la maniobra de la division Bosquet, retronó el cañon en las alturas; espesas nubes de humo blanquecino, que parecen desprendidas del cielo, salen de todas las grietas y se adhieren á todas las escabrosidades de la elevacion donde vamos á ascender. El combate se empeña en todas partes, la lucha es general. El general Canrobert en vispera del mando supremo que le reservaba el destino, se despide aquel dia de la vida de soldado. Lánzase con sus tiradores sobre los obs-

táculos que su division debe allanar de frente.

El mariscal Saint-Arnaud parece no solo triunfar de los rusos, sino hasta de la dolencia que le tortura desde tantos dias y tantas noches; se le vé ágil y dispuesto, manejando vigorosamente su corcel, y lleva impresa en sus facciones esa expresion buena y noble que le hace amar del soldado. Detiéndose unos momentos en lo alto de una colina que deja abrazar con la vista todo el teatro de la accion: mis *saffis* le escoltan, y admiran la gigantesca lucha: á mi me llama sobre todo la atencion un incendio efectuado detrás del Alma, frente á una de nuestras baterias que arroja balas con profusion. Una aldea devorada toda entera por las llamas proyecta esa hermosa luz de un rojo sangriento, que los maestros del arte se esfuerzan á pintar frecuentemente en sus cuadros: sobre este fondo á la vez sombrío y resplandeciente, nuestros artilleros y sus piezas de artilleria se dibujan con vigor: la guerra parece haber concentrado sus mas feroces energias en ese rincon del cuadro; mientras tanto, aquí y allí, una polvareda mezclada de humo arremolinea sobre el terreno donde se situa el mariscal. En todas direcciones se vé poblado el aire de proyectiles: asisto á un maravilloso desfile. Por fin, á nuestra vez nos toca tener que franquear el rio, á fin de evitar el que los jaiques colorados de mis *saffis* vayan á atraer una granizada de balas sobre el mariscal, me adelanto con ellos á sesenta pies sobre su derecha, y hallo un vado que pasan facilmente mis caballos: cuando llegué al opuesto márgen, sobre esa playa donde Dios habia colocado desde tantos siglos atrás esperándonos la victoria que veniamos á buscar desde tan lejos, hice alto y me puse á contemplar una escena, que me parece estar viendo todavia ahora mismo: el mariscal se encuentra en medio del Alma, corre el agua entre los cascos de su caballo; á su lado vadean el rio cazadores de á pié, las cornetas tocan paso de carga, los proyectiles pasan cerca de las cabezas de esos grupos, penetrando en medio algunas balas, el mariscal está radiante de gozo, ya no sufre, ya está bueno, rejuvenecido. Disfruta de ese privilegio que los vencedores reciben directamente del cielo.

Continuando á poco mi marcha lle-

gué á un punto donde la lucha se empeñaba con mas obstinacion por una parte y otra; era un pequeño edificio de piedra, llamado el *telégrafo*, estaba en aquel momento circundado de cadáveres; en él tambien tremolaba el pabellon francés sirviendo de blanco á las balas enemigas. Ya eran dueños los franceses de las posiciones que debian de arrancar al enemigo, mas los ingleses no habian aun llenado su cometido; este ejército avanzaba sobre nuestra ala izquierda en grandes masas moviéndose con imponente lentitud. Yo estaba colocado de manera á no perder de vista ninguno de los movimientos ejecutados por los guardias de la reina; era testigo de como las balas de la artilleria rusa penetraban en las columnas y derribaban hileras de soldados. En cuanto á la artilleria francesa en aquella jornada se trasformó en caballeria lijera, pues habia salvado á galope barrancos, rios y senderos obstruidos y quebradas, en persecucion del enemigo. La inglesa se adelantaba gravemente con sus ricos atalages: ese paso medurado, esa marcha metódica de nuestros aliados en presencia de unas posiciones formidables que acometieron de frente, no carecian seguramente de majestad y grandeza. Nuestras tropas hicieron un movimiento hacia la izquierda: el mariscal Saint-Arnaud queria dirigirse á nuestros aliados y cojer á los rusos entre dos fuegos; en el momento mismo de ejecutar la maniobra, la bandera inglesa lograba el mismo triunfo que la francesa; el ejército inglés habia cumplido con su cometido; andando como la estatua del comendador al fin habia llegado á poner su mano poderosa sobre el enemigo. La derrota de los rusos era completa, y vimos retirándose en lejano horizonte y desaparecer prolongadas columnas despidiendo á raros intervalos el humo de un cañonazo. Nuestras baterias introdujeron todavia algunas balas en aquellas masas, y cuando ya no alcanzaban se recurrió á los cohetes. El mariscal quiso recorrer el campo de batalla: esa excursion aun no tenia un carácter de tristura porque todavia se sentian en el aire todas las apasionadas aspiraciones de la lucha: los regimientos armados y formados sobre el terreno mismo de la lucha hacian resonar aclamaciones ardientes, todos los semblantes resplandecian de gozo. Esos seres preciosos, y en cierto modo mas vivos que las mismas criaturas humanas, las *bande-*

ras, bajaban y levantaban orgullosamente los pliegues de sus pabellones donde se estrece el honor de la patria; hasta los mismos heridos que iban transportados en literas, en fusiles, y á hombros de sus camaradas, conservaban aún todo el ardor del combate, y sus frases eran calientes como la sangre que brotaba de sus venas. Poco á poco, empero, el espectáculo fué cambiando y tomó ese carácter melancólico de los campos de batalla, desde la hora en que el entusiasmo, la gloria y los demás radiantes huespedes, los abandonan, dejándoles en pos solamente dos, aciajos y siuistros, á saber: el dolor y la muerte.

Nuestros caballos solo pisaban sangre y cadáveres: aquí y allí, en medio de esos fragmentos de vestimentas holladas, y trozos de carne ensangrentada, entre los despojos sin nombre que produce la guerra, alguna cosa de vez en cuando que parecia poseer aun aliento de vida, se alzaba con trabajo, eran algunos heridos que no podian hablar, y que procuraban con una mirada, con un gesto, pedir auxilio. El mariscal prestó todos los socorros imaginables con una actividad y bondad de corazon sin limites, él que padecia tanto, y que tanta falta tenia de reposo desplegó un interés infatigable en socorrer lo mismo á los pobres heridos franceses, como á los rusos. Nada falta en el interesante cuadro de un campo de batalla, posee sus tristezas como sus alegrías y su caridad, como sus iras.

Despues de haber recorrido el campo de batalla el mariscal se retiró al punto elegido para vivaquear, esto es, cerca del *telégrafo* á que he aludido hace poco. Acercábase la noche, su tienda no podia estar levantada hasta dentro de algunas horas, y el mariscal tuvo frio: la expresion de radiante júbilo que ostentára su semblante parecia irse disipando á medida que se concluia el dia y se extinguia la batahola del combate; los padecimientos le invadian de nuevo, y su rostro se tornaba pálido: pidió un capote, uno de mis ginetes se quitó el jaique colorado y lo tendió en el suelo. Para hacerle sitio tuvieron por cierto que separar algunos cadáveres rusos que yacian tendidos á pocos pasos, los transportaron mas lejos. Cuando llegó la primera hora del siguiente dia, y que retumbó el cañon en las alturas tomadas por nuestro ejército, el mariscal Saint-

Arnaud, encarándose con su Estado Mayor y descubriéndose con un ademán impregnado de gracia y de entusiasmo, dijo: «Señores, esta batalla se llamará la batalla de Alma.»

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

(Concluirá.)

AL BRAVO BRIGADIER
CONDE DE BALMASEDA,
Y A LA VALIENTE BRIGADA DE CORACEROS
qui mandaba en los campos de Africa.

Derrama el limpio sol de primavera del Africa en los plácidos vergeles las fibras de su rubia cabellera: y al fuerte galopar de sus corceles cruzan los hijos de Isabel primera por senda de clarísimos laureles, donde la sangre del muslime baña el suelo hermoso que conquista España.

Y anhelando alcanzar triunfos primeros de noble abnegacion el pecho ardiente, de los heróicos nobles coraceros marchar te vieron entusiasta al frente, que modelo en el campo de guerreros tu fama allí brilló resplandeciente y con terror te admira el africano que eres orgullo del valiente hispano.

Y al frente de las bárbaras legiones la muerte despreciaba tu hidalguia y acaudillando heróicos escuadrones gloria brindabas á la patria mia; que aun alienta sus nobles corazones el sol de Covadonga y de Pavia, que á los hijos del Cid en las batallas no le arredran castillos ni murallas.

Que esos que hoy ciñen de esplendente gloria los laureles que en Africa alcanzaron y enalteciendo la Española historia de sangre el campo musulman regaron, esos que fijos van á la victoria y el poder del Islam siempre humillaron hijos son de los héroes de Lepanto del secuaz islamita eterno espanto.

Ellos son los que henchidos de esperanza, luchar supieron con ardiente saña y al rudo bote de morisca lanza verter su sangre para honor de España, de la victoria inclinan la balanza en el Gualdrás donde la sangre baña el campo que abandona el agareno y encuentra España de laureles lleno.

Si el poder mejicano se derrumba
al grito que Cortés lanzó iracundo
si corona inmortal ciñe en Otumba
siendo á la vez la admiracion del mundo,
hoy os aguarda en su gloriosa tumba,
hoy que vuestro valor vé sin segundo,
que vuestra fama brillará en la historia
mientras quede del Africa memoria.

T. MARTEL.

RUBIAS Y MORENAS.

CUESTION DILUCIDADA

POR UN MORENO Y UN RUBIO.

Continuacion.

La reina de las aves
llaman al águila:
mal lleva la corona
tan negra raza,
Que por lo hermosa
la reina de las aves
es la paloma.

L.

Si la opinion unánime
la aclama reina,
vox populi, vox caeli
máxima cierta.
¿Palomas citas?
bien: yo palomas hallo
de todas pintas.

R.

Mejor es rey querido
que rey tirano,
¿á este proclama el pueblo?
pópulo bárbaro.
Blancas palomas,
reinas sois nunca altivas
siempre amorosas.

L.

¡Buena fuera una reina
cual la paloma!
la timidez no puede
con la corona
Y no las blancas
son de ellas las mejores,
sino las bayas.

R.

Las reinas yo proclamo
de la hermosura:
tales son en el mundo

las blancas rubias;
Y entre las aves
tales son las palomas
de albo plumaje.

L.

Es del amor la reina
entre las aves
la tórtola, que tiene
pardo plumaje.

Tierna y sencilla
es tambien cual ninguna
la golondrina.

R.

¿Digiste golondrinas?
¡aves de paso!
un hogar en invierno
y otro en verano.
Con las morenas,
si tales son, te anuncio
mil peripecias.

L.

Del amor en sus pechos
arde la hoguera:
por eso de las nieves
huyen ligeras.
Por eso anidan
en el hogar que el hombre
con fé las brinda.

R.

Las hadas vaporosas
que sueña el bardo
por doradas regiones
leves vagando,
Flotante llevan
suelta á merced del viento
la rubia crencha.

L.

El paraíso pueblan
huris divinas,
que al musulman ternuras
y amor prodigan.
Y son morenas
de brilladores ojos
y negra crencha.

R.

No extraño que los moros,
gente muy tosca,
piensen que las morenas
son una gloria.
Pero es extraño
que de morenas guste
ningun cristiano.

L.

Los moritos entienden
mucho de amores:
si morenas prefieren

serán mejores.
Mas yo me fijo
en que lo fué la madre
del cristianismo.

R.

Hablando de los moros
la virgen nombras.
Todo ya lo confundes
y lo trastornas.
Y no recuerdas
que á ese mismo argumento
ya di respuesta.

L.

Te nombro entrambas cosas
para probarte
que dó quier las morenas
mas sobresalen.
Morenas solo
con entusiasmo adoran
cristiano y moro.

R.

Rubia fué la belleza
que cantó Ovidio,
rubias cantó Tibulo,
rubias Virgilio;
rubias el Tasso,
y encantaron las rubias
á Garcilaso.

L.

Italianos citas
y haces muy bien,
que allí solo conocen
el ten con ten:
pero en España
necesitamos mozas
de rompe y razga.

R.

Fué español Garcilaso,
muy bien lo sabes,
pues cantastes sus hechos
en un romance.

De rompe y razga
se llaman las mugeres
desvergonzadas.

L.

Aunque español de origen
á Italia adora;
de rompe y razga llamo
las bravas mozas;
pero las rubias,
son caldo, sin sustancia,
leche de chufas.

R.

Rubias pintó Ticiano,
rubias Corregio,
el inmortal de Urbino

rubias á cientos;
aun de Murillo
¡asombráte! las rubias
fueron el tipo. (a)

L.

Ojos pinta cualquiera
color de cielo,
pero ¿quién negros ojos
brotando fuego?
¿Quién pinta el alma
que anima á las morenas
y quién su gracia?

R.

Todos esos pintores
con otros muchos,
á las rubias pintaron
ojos oscuros.
¡Gran disparate!
mas es que á los azules
no alcanza el arte.

L.

Fué, si tal los pintaron
que comprendieron
que era cosa imposible
pintarlos negros,
y el medio toman,
que pintarlos azules
es fácil cosa.

R.

Cándidas azucenas,
rosas, jazmines,
siempre fueron encanto
de los jardines.
La rubia hermosa
es cándida azucena,
jasmin y rosa.

L.

Rosa de Alejandria
reina es de rosas,
y entre las dalias brilla
la dalia roja.
Son las violetas
con su color oscuro
de amor emblema.

R.

Toda la flor que tiene
color oscuro
simboliza tan solo
tristeza y luto.
Mas la azucena
el candor simboliza
de la inocencia.

L.

No son de luto emblema

(á) Esto podrá no ser muy cierto, pero no se me ocurrió cosa mejor.

las rojas dalias,
son el símbolo vivo
de la arrogancia.
¿Y las violetas?
de amor, de amor tan solo,
cual las morenas.

R.

Es el color moreno
vulgar y bajo,
color de campesinos
y de gitanos.
Rubias, que adoro,
vosotras sois mas finas,
de mejor tono.

L.

¿Mas finas? no: mas lánguidas
cual flor de estufa.
Morenas, flor del campo,
que el sol fecunda,
Firme y constante
tu belleza no agostan
los huracanes.

R.

Encantadoras rubias,
nada os importen
de orgullosas morenas
las pretensiones:
Por mas que arguyan
siempre sereis las reinas
de la hermosura

L.

Morenas de mi vida,
dulces morenas,
como el amor ardientes
izad bandera.
Pálidas lunas,
ante vos que sois soles
serán las rubias.

R.

Juez imparcial dirima
nuestra contienda,
dictando en el asunto
justa sentencia.
Para este efecto
al señor de Morales
pase el proceso.

(Concluirá.)

L.

INTERESANTE.

Debiendo el Domingo próximo 20 del corriente, verificarse por suerte la distribución de localidades para los juegos florales, la comisión encargada suplica á los señores que perteneciendo á la reunión literaria de-

seen contribuir á este espectáculo, se sirvan comunicarlo así, antes de aquella fecha á la secretaria del jurado.

CRÓNICA SEMANAL.

Llegó el momento fatal, esto es el momento de escribir la revista.

Triste cosa es tener necesidad de describir la serie de acontecimientos ocurridos en la semana, llenando siquiera un par de columnas con esta pícaro letra de molde cuando los acontecimientos son cero: esto decia yo el otro dia sentado en mi mesa y despues de haber tenido en prensa la imaginacion mas de dos horas sin haber sacado otra utilidad que la de concluir con el cañon de la pluma á fuerza de cortarla, mas delgada ó mas gruesa, pues teniendo presente aquel refran de *miguís y tiguís* no dudaba en culpar á la pobre é inofensiva pluma de mi negativa fecundidad.

Pero un repique de campanas y tras él una multitud de cohetes vinieron á llamarme la atención, y tirando con cierto énfasis la pluma y reservando el papel para mejor ocasion, tomo el sombrero y el baston y me lanzo á la calle.

Un gentio inmenso cruzaba en todas direcciones, el entusiasmo era general, y corriendo de aquí para allí, en balde preguntaba el motivo de tanta alegría, de la que en verdad ya me hallaba contagiado; todo el mundo decia «los Coraceros, los Coraceros;» y al pronunciar esas palabras se dibujaba en sus rostros un no se qué de alegría y entusiasmo: así fui hasta la puerta del Puente y aunque sin saber porqué, solo recuerdo que al juzgar por mi apariencia, un tercero me hubiera creído muy en antecedentes acerca de tan fausto acontecimiento.

El mismo entusiasmo y los recuerdos de mi infecunda pluma me embotaban la imaginacion, y solo comprendí el motivo de tanta alegría ante el magnífico espectáculo que ofrecia nuestro antiguo puente.

Entré una multitud de vivas que se perdian sobre la argentada linfa de nuestro hermoso rio, divisé una brillante banda de música que cruzaba bajo un magnífico arco de triunfo, colocado por la municipalidad en el estremo del puente; detrás seguia el carruaje de los Exmos. Sres.

Condes de Gavia, arrastrado por un magnífico tiro de caballos, vistosa y elegantemente guarnecidos; detrás iba el de los Exmos. Sres. Condes de Hornachuelos, conducidos por cuatro arrogantes yeguas extranjeras; en estos y en varios otros venían las primeras autoridades Eclesiástica, Civil y Militar, una corporación de la Diputación provincial y otra del Exmo. Ayuntamiento que acompañaban á los primeros gefes de los escuadrones, después de haberlos obsequiado en una elegante tienda colocada á una legua de nuestras murallas. A poco rato presenciábamos el desfile de los escuadrones.

Así cruzaron por las principales calles de la capital recibiendo los vivas de la ciudad entera.

Los balcones de toda la carrera se hallaban elegantemente colgados, y en ellos una gran concurrencia aguardaba á los que tan bizarras pruebas de valor han dado en los campos de Africa: multitud de flores, coronas y poesías volaban sobre sus cabezas, y bien puede decirse que un solo corazón amante de las glorias de su patria y agradecido á los que tan heroicamente habían derramado su preciosa sangre en su defensa, latía en el pecho de todos los ciudadanos.

Los arcos de triunfo colocados en la calle de Lucano, Librería y Espartería, y las magníficas fachadas de toda la carrera, revelaban el verdadero entusiasmo de nuestra capital, honrando á no dudarlo á los hijos de Córdoba.

Los unos abandonan sus bufetes, los otros sus tiendas y talleres, sus ocupaciones todas, y todas las clases de la sociedad se lanzan llenas de júbilo á victorear á los valientes bizarros Coraceros.

Así siguieron hasta las casas Consistoriales, en donde al descorrer el velo que cubría el retrato de nuestra augusta soberana, se mezclaron en los aires los sonidos de las diferentes bandas de música y las aclamaciones de un pueblo entusiasta.

De allí marcharon á la plaza de la Constitución, en donde se arrojaron multitud de palomas y poesías, mientras se efectuó el desfile.

Pero si grande y maravilloso era el cuadro que durante el día presentaba la capital, no fué menor el de por la noche.

El ruido de las campanas, los cohetes, los vitores, las músicas, nos llevaban en medio de la multitud de un extremo á otro de la ciudad. Parecía que Córdoba sa-

liendo de su habitual letargo despertaba aquella noche para saludar á nuestros hermanos de Africa. No es posible describir todas las iluminaciones, arcos de triunfo y demás adornos que decoraban la mayor parte de nuestros edificios. Entre ellos citaremos la estensa fachada de las casas Consistoriales, profusamente iluminada con vasos de colores, grandes cuadros representaban la Virtud, la Paz, la Prudencia, etc., etc., mientras que en otros se leían versos alusivos á las circunstancias. Bajo un docel de terciopelo encarnado lucía el retrato de S. M. la Reina, al que daban guardia los disciplinados cazadores del Regimiento de Africa. La concurrencia era inmensa y sostenida por tres bandas de música.

El círculo de la amistad lucía su elegante colgadura grana y oro y su iluminación de gruesos hachones.

La redacción del DIARIO, ofrecía en transparentes las armas de España, y entre festones de laurel se leía, *El Diario de Córdoba al ejército de Africa.*

En la de LA CRÓNICA, hallamos los nombres de todos los generales colocados entre coronas de laurel, y dos grandes figuras en transparentes, representando la España y la abundancia. El centro que formaba un óvalo, en el cual había, si mal no recordamos, una dedicatoria al ejército.

En casa del señor Barón de Fuente de Quinto, lucían infinidad de vasos de colores, formando caprichosos adornos en la fachada del jardín, la bandera española ondeaba en todos los ángulos y sobre un transparente colocado en el centro se leía, *La Alborada.—Viva Isabel II, viva el valiente ejército español.*

En casa del señor conde de Torres-Cabrera, la iluminación hecha *ad hoc*, parodiaba los principales accidentes políticos de nuestra guerra.

Sobre una larga escalinata cubierta de boj y aureolas se veía un mundo formado de transparentes, sobre él se alzaba la España simbolizada en un guerrero de tamaño natural apoyado en su lanza, ceñida de laurel la celada y ofreciendo en la mano derecha una rama de oliva. A derecha é izquierda se elevaban dos columnas adornadas con luces y banderas, en cuyo centro sobre una cinta trasparente se leía: *Plus ultra.*

Varios trofeos, los unos de armas españolas suspendidos en lanzas, los otros de armas marroquíes sobre altos pedestales

les iluminados y un doble arco de follaje del cual pendían largos festones de rosas, completaban el cuadro. En el centro de este arco y sobre la cabeza del armado se leían en un trasparente las iniciales de nuestra augusta soberana y de él partían multitud de rayos adornados de luces parodiando un sol brillante. A la espalda y perdido entre el follaje se dibujaban los colores de un grande arco iris. Durante la noche la concurrencia era grande, y entre ella se disparaban vistosos cohetes de luces de Bengala.

Cansado ya de andar calles y mareado de tantas luces me marché al Teatro, el que encontré perfectamente decorado.

Ocupaban la presidencia los señores gobernador civil y militar, que con el señor Alcalde acompañaban al bizarro Coronel de Coraceros. Había un lleno. Los palcos y plateas los ocupaban nuestras lindas paisanas, las que agregaban al cúmulo de sus encantos los nuevos atractivos que ofrece la elegancia y el buen gusto: en las butacas estaba la bizarra oficialidad de coraceros, invitada por la municipalidad.

La Srita. Hernandez desempeñó perfectamente el papel de Baronesa en el *Juramento*, en el que tantos y tan justos aplausos ha recibido la Sra. Cabaletti.

Después de concluida la Zarzuela cantó la Srita. Hernandez *las Ventas de Cárdenas*, con la gracia y finura que la caracteriza, y en ellas recibió grandes y justísimos aplausos. En los intermedios se arrojaron multitud de versos de diferentes poetas.

A la salida del teatro se improvisó un baile en el Círculo de la Amistad, y aunque faltaron muchas personas por no tener conocimiento de él, no dejó de estar animado.

Al siguiente día la misma animación y júbilo que el día anterior reinaba en nuestra capital.

Por la mañana se cantó un solemne *Te-Deum* en la Sta. Iglesia Catedral, al que asistieron, invitadas por el Excmo. Ayuntamiento, todas las personas notables de la población.

A las cinco de la tarde se dió un abundante rancho á la clase de tropa de coraceros en el hermoso paseo de la Victoria ante una numerosa y entusiasta muchedumbre, que sin cesar los victoreaba.

A la noche se sirvió un lucido refresco en las Casas Consistoriales, al que asistieron los gefes y oficiales de la bri-

gada de Coraceros, las autoridades, corporaciones y algunas otras personas invitadas por el Excmo. Ayuntamiento. Escusamos decir que reinó la mas completa franqueza y la mas esquisita finura. Hubo versos y brindis á la Reina, al ejército, á la victoria y á la paz, etc., etc., por los señores gobernador Civil, Alcalde constitucional, Baron de Fuente de Quinto, Maraver, Pavon, Diaz Morales, Amor, conde de Torres-Cabrera y otros.

El Teatro no estuvo menos concurrido que la noche anterior y los actores todos se esmeraron en la ejecución de sus papeles.

Esta noche como la anterior se improvisó un baile en el Círculo.

.....
Vá á entrar en prensa nuestro número. Nuevas demostraciones aguardan tal vez mañana á nuestros bizarros huéspedes. Un repique general debe anunciar la marcha de los Escuadrones. Del seno de la municipalidad los acompañará una comision hasta un cuarto de legua del término. Sentimos no poder dar hoy á nuestros lectores todos los pormenores de esta despedida que debe corresponder al recibimiento.

Gloria á nuestros valientes soldados! y gloria al entusiasta pueblo que con tan digno recibimiento, dá hoy una prueba mas de su patriotismo y abnegacion.

MISCELÁNEA.

Con mucho gusto hemos empezado á insertar algunos trabajos debidos á la señorita doña Aurora de Cánovas y á los señores don Jorje de Cisneros y don Narciso Campillo. Reciban pues nuestra gratitud nuestros nuevos colaboradores.

Como ya habrán visto nuestros lectores, cumpliendo lo que prometimos en el prospecto, aumentamos ocho columnas de lectura, á nuestro número anterior.

Editor y Administrador, ANTONIO MARQUEZ.

CORDOBA. - 1860

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Cerna.